

Guillermo Pizzuto Zamanillo

El ingeniero Zamanillo fue compañero de lucha del doctor Salvador Nava Martínez, discípulo de ideas, hermano de dignidad, heredero de principios. Su lucha ha sido la lucha del navismo, con sus interminables jornadas en busca de la dignidad, de la justicia, de la democracia sin adjetivos.

El doctor Salvador Nava Martínez fue un hombre de ideales, de principios, con valores muy claros y con un sentido de sociedad que muy pocos mexicanos tenían en aquel entonces. Era una persona que entendía perfectamente, y nos hizo entender perfectamente a muchos, el significado de la participación de la sociedad, según la cual sobre su base se podían lograr los cambios que San Luis Potosí y México requerían, lo que sigue siendo cierto hoy.

Mi contacto con el doctor tiene una larga historia; desde la niñez realmente, toda vez que la familia de mi mamá y la familia de los Nava en cierta forma estaban relacionadas por ligas familiares y de amistad, aunque nosotros no en relación directa. Nos conocíamos desde toda la vida, igual con los hijos del doctor, con quienes fuimos compañeros de escuela; la nuestra era una relación de larga marcha... Y, bueno, porque aparte en San Luis todo mundo sabía quién era quien, todo mundo se conocía.

Ingreso propiamente al movimiento en 1985, cuando el Frente Cívico Potosino me invitó a ser candidato a la presidencia

municipal; aunque debo decir que siempre había estado participando, no tan activamente. Yo tenía como 15 años cuando los asesinatos en la plaza de armas; ahí estuve, y realmente fueron de las cosas que me marcaron, de las que tengo grabadas en la memoria, y por tanto no se puede decir que no pasó nada ¿Cómo que no pasó nada? Claro que pasó, y eso no se borra.

El pueblo seguía al doctor porque reconocía en él a un líder comprometido con las causas de todos. En el razonamiento político de hoy resulta inconcebible explicar ese fenómeno, pero yo creo que antes los ciudadanos nunca tuvieron un foro, nunca habían tenido a nadie que los representara —hoy los partidos no los representan—, y eso genera un vacío; la gente necesitaba una voz, y ésa fue la de Salvador Nava Martínez.

Fue una voz congruente, porque se percibía su honestidad cuando ofrecía algo; no era como la mayoría de los políticos que hacen miles de promesas, besan niños, saludan y hacen una serie de cosas para conseguir propósitos particulares. El doctor era una persona que por su misma forma de hablar y de tratar a la gente inspiraba muchísima confianza. Su trato con los individuos era igual para todos, aun con aquellos de escasa educación; nunca entraba en reflexiones filosóficas, era simplemente sincero.

Él entendió que en México había dos sociedades, y que una de ellas, la más numerosa, no era tomada en cuenta para nada y en nada, y que por tanto no existía en el momento en el que se adoptaban las decisiones; sin embargo, para él, esas personas sí existían, porque comían, trabajaban, lloraban, sufrían.

Debemos recordar que en los inicios del movimiento no había partidos políticos como tales, pero había grupos dentro

del Partido Revolucionario Institucional, desde los de izquierda hasta los de derecha, de tal forma que estaban representadas todas las corrientes ideológicas dentro del partido; pero los que no lo estaban propiamente eran los miembros de la sociedad, y esa era una de las grandes preocupaciones de Salvador Nava, porque deseaba que la comunidad estuviera presente realmente en los espacios de decisión, y que interviniera en la evolución del país.

El doctor siempre mostró interés por los problemas de las personas. En sus dos gobiernos municipales dio plenas muestras de que estaba realmente preocupado y ocupado en lograr mejoras para todos. Sus gobiernos no estaban orientados únicamente para los pobres — como pueden decir muchos —, porque no era propiamente por su condición de desheredados, sino por su situación de abandono cívico, porque era gente que no tenía permitido participar en nada. Suelo decir que en este país tenían más voz y voto las piedras que las gentes; para acabar pronto, casi como hoy.

El interés del doctor era simple: quería darle a esa gente, regresarle si es que alguna vez la tuvo, su capacidad de expresarse. Cuando las personas escuchaban que alguien decía lo que ellos no podían manifestar, les generaba un sentimiento de poder interesante, porque sin duda todo mundo quiere ser como el que es mejor, todo mundo queremos ser tomados en cuenta; pero cuando esa oportunidad está constantemente cerrada, entonces el problema se vuelve muy crítico, grave.

Por esa lucha, muchos ciudadanos, aun los que eran enemigos de Nava, hoy le reconocen su contribución y entrega por la democracia. Le admiran por las posiciones políticas que el doctor sostenía, porque tenía un sentido social, cívico, que pocos han sostenido en nuestro país.

El concepto de gobierno navista nada tiene que ver con la forma en la que hoy se concibe el gobierno, es decir, que quien ocupa esa posición llega a ser el dueño del municipio, del país o del estado. Con el navismo no es una cosa de propiedades y de derechos absolutos, sino que el gobernante es simplemente un coordinador, quien conjuga esfuerzos; por ello, Salvador solía decir: “Si la sociedad participa, no hay manera de que el mundo no avance.”

Con esa lógica funcionamos muy bien; de hecho, cuando estuve al frente del gobierno municipal hice lo mismo, y muestra de ello es que no obstante que recibimos la ciudad con grandes rezagos en materia de cobertura del servicio de agua potable, finalmente entregamos la administración con una cobertura cercana a 93 por ciento. La fórmula empleada fue la que nos enseñó el doctor: ante la falta de presupuesto para hacer todas las obras, les propusimos a los usuarios del sistema que para instalarles el servicio debían cooperar con nosotros, y por tanto su responsabilidad era hacer las excavaciones y ayudar con algo de recursos para los materiales, y nosotros haríamos el resto.

Nuestra función como gobierno navista fue coordinar los esfuerzos de las personas, lo que nos permitió que San Luis Potosí fuera la segunda ciudad en México con la mejor cobertura del servicio de agua potable (el primer lugar lo ocupó Garza García, Nuevo León, por obvias razones, pues ahí la casa más barata valía millones de pesos).

Si la gente no participaba en la obra, no se realizaba, no había manera de que se hiciera porque no teníamos recursos; no es como ahora que hay una partida brutal del presupuesto, y que por tanto conlleva a que hoy se compren voluntades; exactamente lo que hacía el PRI hoy lo hacen quienes los sustituyeron. Ésas eran las prácticas del PRI, era lo que le permitía mantener

sus altos niveles de votación; en cambio, con nosotros, la sociedad participaba en su propio bienestar y, por tanto, nuestro presupuesto se multiplicaba diez veces, entonces decían: ¿Cómo lograron hacer todo eso?

Todas las obras se hicieron con el concurso de los ciudadanos; era la forma de trabajar, un concepto navista, que no es otra cosa que utilizar todas las fuerzas de la sociedad para construir lo que la sociedad quiere. En el navismo no cabe la posibilidad de que el gobernador sea el único que pueda hacer, decidir, poner, comprar y hacer.

La concepción democrática del navismo es el gobierno del pueblo y para el pueblo. Es la participación conjunta de la sociedad en la búsqueda del bien común. Con nosotros no cabía la esperanza de que llegara un buen gobernador e hiciera todas las cosas, que nos sacara del atolladero. No, para salir de los problemas tenemos que trabajar todos, ésa es la democracia: tener un objetivo común y que todos participemos en su consecución.

Con el doctor coincidí plenamente en los objetivos y en los medios. Cuando me desempeñé como presidente municipal, entre 1988 y 1991, creo que difícilmente hubo un día que no platicáramos; o sea, constantemente estábamos conversando acerca de los problemas del municipio, porque yo lo consideré siempre como un muy buen amigo, independientemente de la relación que teníamos por razones políticas. En lo personal creo que ha sido uno de los mejores amigos que he tenido en la vida.

El fue el primero que me invitó a participar como candidato a la presidencia municipal en 1985, y el primero que me ofreció todo el apoyo en los momentos más difíciles. En ese año me

desempeñaba como presidente de la Canacintra de San Luis Potosí, y pues no me medía mucho en mis declaraciones a los medios de comunicación; entonces así le iba a Jonguitud conmigo, y por ello quizá pensaron que podía funcionar muy bien en la presidencia municipal, lo que así sucedió, gracias a los consejos de Salvador Nava.

Él tenía gran capacidad de análisis, era un hombre con una inteligencia tal que todo, aun lo más complicado, lo podía definir con palabras muy sencillas, y a todo mundo hacía entender. Insistía siempre: “Guillermo, yo te doy mi opinión, pero tú haz lo que tú creas conveniente.” Así, en muchas ocasiones no hice lo que él me dijo, porque había también otras circunstancias, presiones que había que tomar en cuenta, y no es que desechara sus consejos: simplemente había que valorar las situaciones. Siempre fue un hombre muy atinado, muy tranquilo en sus aseveraciones, creo que jamás lo observé exaltado.

Debo reconocer que mi paso por la presidencia municipal me cambió la perspectiva que tenía del ejercicio del poder, y definitivamente todo lo que uno hace en la vida nos hace cambiar. Sin duda, yo volvería a ser presidente municipal, porque en esa posición es posible ayudar a mucha gente a mejorar sus condiciones de vida, pues basta el simple hecho de tomar la decisión de ayudar, porque al final de cuentas ni siquiera nos cuesta; lo único que se tiene que hacer es poner un poco de esfuerzo, un poco de voluntad, y como decía el doctor: “Muchos esfuerzos, muchas labores.”

Bajo esta perspectiva, cabe recordar que otro de los ejes del discurso político navista en sus diversas incursiones políticas en el estado fue la exigencia de elecciones transparentes e imparciales, a fin de que la gente tuviera realmente la posibilidad de

elegir a sus autoridades. En el navismo estábamos convencidos de que la sociedad era parte fundamental en la selección de sus autoridades.

No debemos olvidar que en ese tiempo, y bueno anteriormente al surgimiento del navismo, las elecciones eran procesos ajenos a la sociedad. Las personas constituían el sujeto más pasivo de la elección, pues no obstante que iban a depositar su voto a las casillas, no sabían ni por qué ni para qué ni para cuándo, porque a final de cuentas no importaba el sentido de sus decisiones, ya que no se elegía realmente. Los comicios eran una especie de obra de teatro para mantener ante el mundo una imagen democrática, aunque en el fondo todo mundo sabía quién sería el siguiente presidente de la república, gobernador o presidente municipal, porque nunca había competencia.

Como movimiento cívico uno de nuestros objetivos era lograr elecciones libres y democráticas, y para ello la organización de los comicios por una autoridad confiable era parte fundamental, imprescindible.

Las primeras veces que planteamos ese tema fue en 1986, en las oficinas del Frente Cívico Potosino, durante algunas reuniones en las que participaban el doctor Nava, Pablo Alderete, algunos abogados y otras personas que solían frecuentar las oficinas del Frente. El objetivo de esas jornadas era construir una propuesta para una nueva ley electoral en el estado; sin embargo, algunos de nosotros insistíamos en que no obstante se lograra una reforma, si no incluía que el gobierno dejará de organizar las votaciones las cosas permanecerían inalterables.

Así, se planteó que las elecciones deberían organizarse de otra forma, es decir, que fueran los ciudadanos los que calificaran

sus propias elecciones, incluida la participación de los partidos, como parte, no como un todo, como sucede ahora, porque es evidente que los ciudadanos fueron despojados nuevamente de su derecho de organizar sus comicios. De la ciudadanización hoy no queda nada, se perdió ese logro; es decir, la ciudadanización quedó en un nombre nada más; lejos está el que los organismos electorales sean plenamente ciudadanizados, por lo menos en San Luis Potosí.

Durante esas discusiones algunos insistíamos en que por más que se propusieran reformas nada cambiaría si no se reformaba el modelo de organizar las votaciones, ya que quien ejercía plenamente el control de los comicios era el secretario general de gobierno, y los resultados finalmente era valorados por este funcionario. Esa situación me quedó más que clara cuando fui candidato a presidente municipal en 1985.

En esa ocasión me dijeron que la decisión acerca del resultado de la votación recaía en el Congreso del Estado, que se integraba en Colegio Electoral para calificar las elecciones, y cuando publicaron los resultados era evidente que no habían sumado bien los votos. Mi reacción inmediata fue reclamar, exigir que se hiciera bien la sumatoria y se respetara el resultado que nosotros teníamos. La respuesta que recibí del Congreso del Estado, propiamente del diputado Jacinto Lárraga, fue que ellos no estaban en el Congreso por ser Pitágoras, que no eran matemáticos, que eran legisladores, y que el resultado que ellos tenía era ése, y que además era inapelable.

Por ése y otros casos similares en los que era evidente el fraude, se impulsó la idea de integrar organismos electorales que estuvieran fuera del alcance del gobierno, lo que dio paso a la

formación del Consejo Estatal Electoral, que hoy de ciudadano le queda bien poco, porque los partidos en contubernio con personas con intereses personales se han apoderado de estas instituciones, como sucede con el “proyectito” en nuestro estado; pero, además, esto se ha desvirtuado porque los consejeros al recibir muy buenos sueldos se preocupan más por proteger su salario que por proteger a la ciudadanía.

Posteriormente, escuché hablar con mayor fuerza de los organismos electorales ciudadanizados en 1991, cuando el Consejo Estatal Electoral comenzó a sesionar con ciudadanos designados por el Congreso del Estado. Mis reservas con ese primer Consejo se debían a que el secretario general de gobierno — que en ese tiempo era el licenciado Juan Ramiro Robledo — y los representantes de los partidos políticos eran los que realmente intervenían en el proceso electoral, y los ciudadanos recién nombrados no participaban en la toma de decisiones; prácticamente fungían como oyentes nada más.

Así, recién hecha la reforma, nuestra valoración fue de cierta reserva, muy crítica, porque no veíamos una reforma de fondo sino más de forma. Sin duda era un avance, pero tenía bastantes inconsistencias que obligaban a una inmediata reforma que la perfeccionara.

En el largo plazo, la ciudadanización de los organismos electorales fue útil para el estado y para el país, porque por lo menos se civilizaron los trogloditas que hacían fraude en las elecciones; es decir, la forma de hacer fraude cambió radicalmente: se hacía con mucho más cuidado, y dejó de haber “carro completo”, porque para ganar una gubernatura no se necesitan siete millones de votos, se necesita nada más un voto más que el adversario.

Definitivamente disminuyó la violencia, porque anteriormente en todas las elecciones salían a relucir las pistolas y todo tipo de armas y agresiones contra la oposición, y hoy eso prácticamente ya no sucede. Hoy en día todas esas cosas quedaron rebasadas, y si lo vemos con esa lógica, sin duda que hubo una mejora considerable.

Pero si bien es cierto que hubo avances en la organización de los comicios, eso no es impedimento para perder de vista que los primeros consejeros eran personas muy afines al propio gobierno; eran gentes que si bien no eran propiamente participantes activos en la vida política de San Luis Potosí, sí se les reconocía como hoy se ubica al autodenominado “perro fiel”, es decir, eran personas cercanas a los intereses del gobierno en turno.

Posteriormente, las cosas cambiaron para bien por un tiempo, hubo buenos consejeros que asumieron su papel; sin embargo, hoy en día es evidente que esas personas tienen mayor compromiso con los gobernantes y los partidos que con los ciudadanos. La ciudadanización se transformó en un proceso perverso, en un engaño mediante el cual se quiere hacer pasar como ciudadanizado a un organismo que para nada lo es.

Anteriormente todos sabíamos que entre los organismos electorales y el PRI había una estrecha relación; eran lo mismo, uña y mugre, toda vez que el secretario de gobierno era priista, que el gobernador era priista y que el candidato que iba a ganar era del PRI; y hoy, con la presencia del peor mercenario de la democracia en San Luis Potosí que funge como presidente del Consejo Estatal Electoral, se confirma este escenario perverso que vivimos.

Nuestra concepción de Consejo era diferente a lo que terminó por ser. La postura que asumimos fue en el sentido de que los

consejeros tuvieran la facultad de decidir más en torno de los procedimientos y controversias del proceso, porque resultaba imposible que en una elección todos los supuestos de cualquier conflicto pudieran estar redactados en una ley, y para resolver esos asuntos se requería de un grupo de ciudadanos que con buena fe buscara las mejores formas de resolver los problemas que se presentaran. Nunca se planteó la integración de un cuerpo burocrático, sino más bien una figura con la calidad moral para atestiguar y garantizar el buen desarrollo de las elecciones.

El ejemplo para nosotros fue ese tipo de consejeros que tenemos en diversas organizaciones sociales, en donde participan por el simple compromiso con su comunidad o su organización, sin el menor interés de recibir una remuneración a cambio; así, por ejemplo, para ser consejero de la Lonja no se paga sueldo alguno, tampoco por ser de un club deportivo, como tampoco se les paga remuneración alguna a los consejeros de desarrollo social de los municipios, porque esa función más que ser un trabajo debe ser concebida como un honor, como una contribución del ciudadano hacia la sociedad de la cual forma parte.

Un Consejo Ciudadano es aquel que dirime con base en un justo medio, que concilia a las partes enfrentadas, que incentiva la construcción de acuerdos, el diálogo, la tolerancia, la democracia. Insisto: siempre planteamos la formación de un Consejo, no de un organismo integrado por jueces de causa, porque éstos se rigen estrictamente por la ley como tabla rasa.

Así, desde la creación misma de este organismo debieron de separarse claramente las funciones operativas y las decisorias, pero no se hizo. Por una parte debió estar la parte técnica, burocrática, que todo organismo debe tener, y en otra muy diferente el Consejo, que es el que define directrices, pone pautas,

soluciona los problemas que no están definidos en el manual y dinamiza la organización de las votaciones. Su integración debe ser un fiel reflejo de la sociedad, con la participación de empresarios, universitarios, trabajadores, a fin de atender discrepancias que puedan resolverse no en función del poder sino a través de una discusión inteligente entre personas de buena fe que quieran garantizar elecciones democráticas.

Hoy los organismos electorales cumplen funciones burocráticas totalmente ajenas a lo que nosotros planteamos, al grado de que ya son funcionarios públicos, lo que implica una vuelta al pasado, como cuando el secretario general de gobierno, como funcionario público pagado con recursos públicos, era el responsable de organizar las elecciones.

Finalmente, no obstante sus desviaciones, la ciudadanización al principio fue un logro para nosotros, que el gobierno se vio imposibilitado de evadir. Fue la alternativa que eligieron —no había otra— para desactivar la intensa movilización que había emprendido el navismo durante esos años. Fue una buena forma de decir: “Ahí tienen su reforma, su ciudadanización... déjenme gobernar...”

La decisión de Salinas fue inteligente, sin duda, porque abrió la válvula de escape para evitar una mayor movilización ciudadana que pusiera en aprietos a su gobierno, porque el problema del PRI no era competir con otro partido, sino con los ciudadanos. De hecho, intentaron otras salidas para disminuir la movilización social.

En esos días habló Diego Fernández de Cevallos por teléfono con el doctor Nava y le dijo: “Estoy con estos hijos de la... priistas, pero estoy aquí tratando de arreglar las cosas y llegamos

a la conclusión, y ellos la aceptan, de que usted sea nombrado gobernador de San Luis Potosí, pero con el compromiso de que el secretario de gobierno, el tesorero, el secretario de finanzas y el procurador sean nombrados por el PRI.” La respuesta de Nava fue contundente: “Si me he pechado toda la vida para que el gobernante de San Luis no sea nombrado desde el centro, yo sería el último en aceptar un nombramiento desde el centro.”

Pero la búsqueda de las gentes de México por otra salida al conflicto político no paró ahí; el doctor me anticipó que me iban a buscar: “Te van a buscar, traen esto; yo les dije esto, tú a ver qué les dices.” Efectivamente, me buscó Diego Fernández de Cevallos para proponerme que yo fuera el gobernador, claro, con el acuerdo de gobernar con los priistas, y obviamente mi respuesta fue no. En Guanajuato utilizaron la misma estrategia, hablaron con Medina Plascencia, que era presidente municipal de León, y acordaron que él sería el gobernador.

Aquí cabe una pregunta: ¿Por qué San Luis Potosí y Guanajuato toman rumbos diferentes en el proceso político si eran tan parecidos? Porque el concepto del movimiento ciudadano y el movimiento partidista eran diametralmente opuestos; entre una y otra entidad había diferencias abismales. El partido lo que buscaba era tener, como me decía a mí una persona, “una voz en el Congreso”. Para ellos era muy importante tener un gobernador en Guanajuato, porque como partido los vestía muchísimo, y de hecho los vistió tanto que mira dónde andan, ¿verdad? Pero para nosotros ese no era el fin; queríamos tener ciudadanos, no gobernadores, y por tanto yo no estuve dispuesto a convertirme en el Medina Plascencia de San Luis.

Nuestro movimiento no tenía ese tipo de intereses, era un movimiento netamente ciudadano, y en Guanajuato el movimiento

era netamente partidista, panista. La lucha de ellos era para conseguir canonjías para la pandilla, no para la sociedad. Lo que en su momento dijo Nava marca contundentemente la gran diferencia entre uno y otro movimiento: “Si me he peleado toda la vida para que no nombren desde el centro a los gobernantes de San Luis, ¿cómo voy a aceptar ser nombrado desde el centro?”

Para nosotros era claro que para que el estado de cosas cambiara era necesario un movimiento social, porque de lo contrario las cosas seguirían igual. Hoy creo que la única forma en la que puede resurgir este país como una nación nueva es mediante la participación del pueblo, y que sea la sociedad parte activa en la búsqueda del bien común, de mejores condiciones de vida. A mí, como a muchos de nosotros, no nos queda la menor duda de quiénes fuimos, quiénes somos y quiénes seguiremos siendo.

La contribución del navismo a la vida política local y nacional es más que evidente: se dijeron muchas verdades, se concretaron cambios políticos y económicos en nuestra sociedad. El movimiento sin duda transformó nuestra tierra, y dejó sembrada la semilla de la dignidad.

No creo que el navismo pueda ser de 50 años o de 60 años; es un promotor del cambio cultural y político en nuestro país. No se puede sostener que el navismo ya no existe porque mientras haya uno que crea y actúe con base en los principios del navismo, éste seguirá existiendo, aunque algunos de los compañeros de lucha hayan cambiado por prebendas.

En mi caso me he mantenido congruente con los principios que dije, y digo abrazar. Cuando fui presidente municipal no cobré sueldo, yo no iba ahí a ver qué podía sacar, porque para mí era

un honor ser presidente municipal de San Luis Potosí, y ésta era mi paga –claro, porque tenía otra manera de vivir–. No digo que los presidentes municipales no deban de cobrar, pero me parece que lo que están cobrando, y los negocios que están haciendo al amparo del poder, es vergonzoso.

Debo decir que en esa época, cuando fui alcalde, introducir agua potable en una comunidad para 120 familias nos costó cerca de siete millones de pesos, que era el salario del presidente municipal, de tal forma que lo que ganaba, o debiera ganar la autoridad municipal, equivalía a la posibilidad de que 120 familias tuvieran o no agua potable en sus hogares; por tanto, si yo cobraba el sueldo, una comunidad de 120 personas se quedaba sin agua, y sabrá Dios hasta cuándo. Y hoy suceden cosas parecidas pero los que están en el poder no piensan en eso, sino sólo en su propio beneficio. La lógica de los gobernantes que tenemos, de la mayoría, es apoderarse del botín, tal como me lo dijo un líder panista (Pedro Pablo Cepeda Sierra): “Es que Pizzuto, usted no entiende, ahora ya llegamos nosotros, ahora ya nos toca a nosotros.”

Obviamente que eso no fue lo que planteamos, no fue por esas prácticas por las que entregamos parte de nuestro tiempo y trabajo. El navismo luchó por la democracia, para que todo mundo tuviera muchas más oportunidades, que hubiera una relación humana correcta... eso es todo lo que promueve el navismo; ni siquiera somos complicados en la historia, en la filosofía.

¿Por qué la necesidad del navismo de llegar a puestos de elección popular? Pues porque desde ese lugar se pueden impulsar con mayor fuerza las reformas que el municipio, el estado y el país requieren.



Navistas, 1961.



Navistas, 1961.